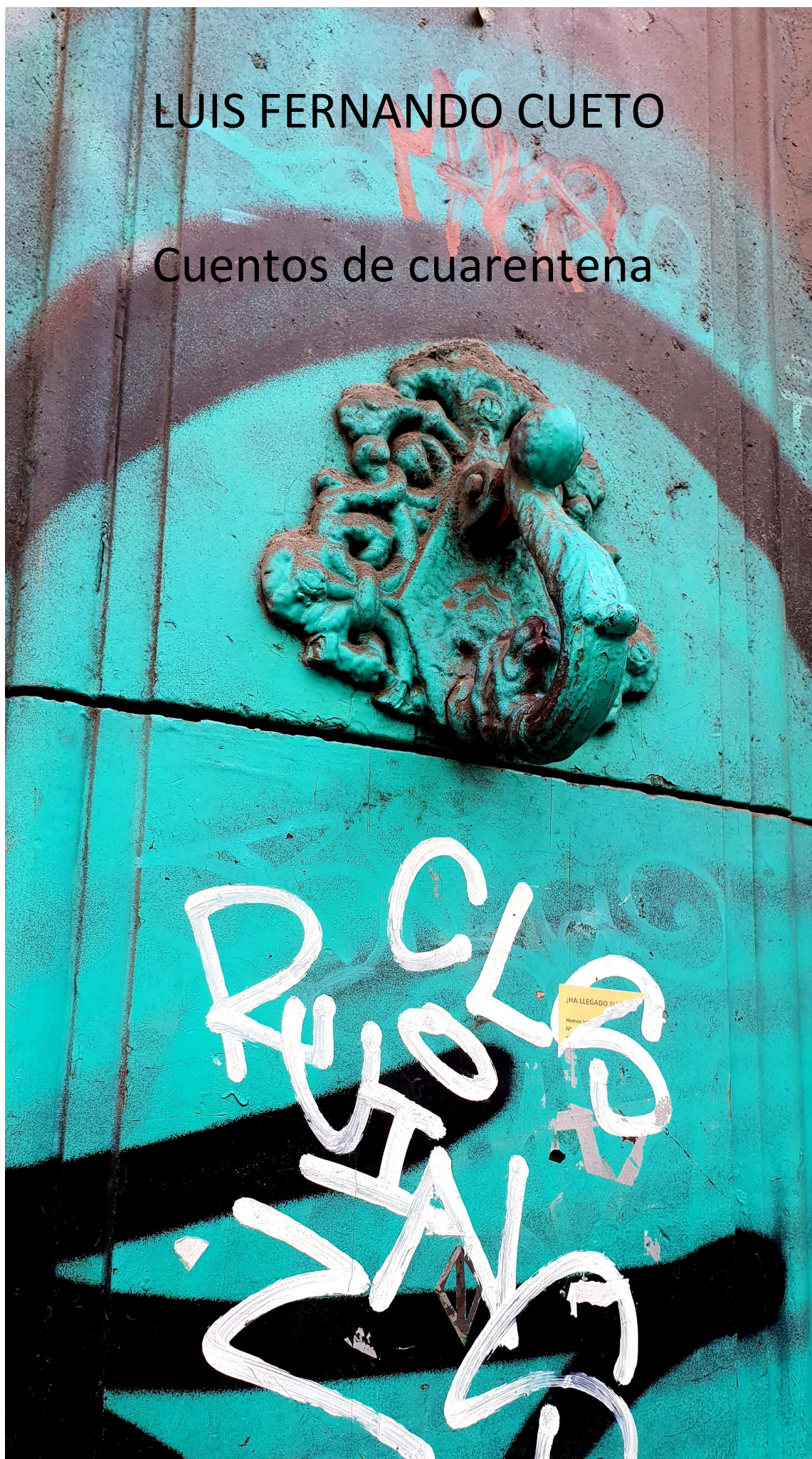


LUIS FERNANDO CUETO

Cuentos de cuarentena





## LOS EXTRAÑOS

Iba por la Panamericana, muy de noche, cuando, a la altura del peaje de Ancón, vi que un hombre levantaba una mano. Me dio confianza, estaba vestido con terno y corbata y tenía un cartapacio bajo el brazo; más parecía un profesor que un asaltante de caminos. Me detuve a un costado de la carretera y lo hice subir; al fin y al cabo, yo viajaba solo, sin ayudante, y necesitaba de alguien que me acompañe y me haga conversación para ahuyentar el sueño. El hombre se sentó a mi lado y, de inmediato, se echó a conversar, me dijo que él también, en un tiempo, había sido chofer interprovincial, pero no de trayler sino de un auto Ford de ocho cilindros y dos carburadores, un verdadero bólido en el que recogía, a medianoche, los tabloides recién impresos de La Prensa y salía a toda velocidad a repartir los paquetes a las principales ciudades del norte del país.

Una madrugada, mi estimado, cuando ya había manejado más de cuatrocientos kilómetros, me sentí un poco cansado, pegué un largo bostezo, y me di cuenta de que estaba por quedarme dormido. Me desvié, entonces, hacia el oeste, por donde la señal indicaba que se iba a Malacobija. Un pueblo sumamente extraño. Ingresé por una angosta senda de tierra flanqueada de pinos y eucaliptos, envuelta en neblina, y fui a dar a un amplio terral donde, a mano derecha, destacaban los muros derrumbados y una cuantas cruces de un cementerio. Pasé de largo, ingresé al pueblo y me estacioné delante de un edificio que ocupaba casi media manzana, amplio y plomizo, pensé que era una dependencia pública. Apagué el motor del vehículo, recliné mi asiento y me quedé dormido.

Horas después, el resplandor del sol me despertó. Hacía mucho calor, me ardía la cara. Miré mi reloj: las ocho de la mañana. Bajé del carro y caminé hasta el edificio. Observé a través de las rejas: un patio, un proscenio, unas aulas. Sí, era un colegio. Pero no pude ver a ningún estudiante ni escuchar ninguna voz. Qué raro, si a esa hora es cuando los alumnos ingresan a estudiar y hacen más bulla. A lo mejor no hay clases, me dije, es posible que se trate de un día feriado, bueno, usted sabe, mi amigo, cada pueblito del interior tiene sus propias festividades. Seguí caminando, alcancé la siguiente cuadra, y descubrí casas clausuradas, ventanas con los postigos cerrados, puertas aseguradas con candados. En eso, escuché un ruido. Alcé la cara y vi una ventana abierta: un hombre de avanzada edad, camisa blanca con tirantes azules, regaba unas macetas de flores colocadas sobre el alféizar. El hombre me vio. Desapareció de la ventana y apareció enseguida en la puerta. Levantó las manos.

-¡Oiga! –Me gritó-, ¿qué hace aquí?, ¿acaso se ha perdido?

-No –le dije-. Solo ingresé para dormir un poco...

-Bueno, venga, venga, seguro necesita tomar algo caliente...

Nos saludamos, nos dimos las manos, y el hombre me hizo ingresar a su casa. Me invitó a tomar asiento en un sillón de la sala. Todo estaba limpio y en orden, por las ventanas abiertas ingresaban la luz de la mañana y la brisa fresca que venía del mar, parecía que era la única casa con habitantes en todo el pueblo. El dueño de casa ingresó a la cocina y, al poco rato, salió con una humeante taza de café.

-Sírvasse –me dijo.

-Parece que no hubiera gente... -le comenté mientras recibía la taza.

-No es que parezca –me respondió-. No hay.

Yo me sorprendí:

-¿Cómo es eso?, ¿qué ha pasado?

Él me dio una explicación:

-Durante el boom del oro, Malacobija fue un pueblo boyante, su puerto fue uno de los más importantes del país, los barcos entraban con productos importados de Europa, de los Estados Unidos, pero, una vez que se acabó el oro, la gente se comenzó a ir. Primero se fueron los jóvenes y, luego, detrás de ellos, se fueron los mayores, los padres...

-No me diga que usted es el único que queda en este pueblo...

-No. También están la señorita Mercedes y el viejo Juan, el farolero...

No sé por qué, pero en ese momento se me despertó el interés:

-Solamente dos personas más... Es increíble... Me gustaría verlos, hablar con ellos...

-No se lo aconsejo. Bueno, con la señorita Mercedes sí, todavía se puede hablar algo, aunque está muy anciana, aún puede oír y decir tres o cuatro cosas con sentido. Ah, pero el viejo Juan es un tipo demasiado extraño, intratable, gruñón, antisocial, y no se reúne con nadie. Se quedó así desde que a su hijo se lo tragó el mar. Ahora solo vive para encender la luz del faro, un trabajo inútil porque hace muchísimo tiempo que ninguna nave ingresa a la bahía...

Me despedí de él, y fui a ver a la señorita Mercedes. Vivía en una casa con porche y escalinata. Subí las gradas y toqué una campanita que colgaba del dintel de la puerta. Salió una viejita de cabellos blancos, llena de arrugas, vestida con una bata crema de felpa y una gorra lila de tela.

-¿Qué desea? –Me dijo.

-¿La señorita Mercedes? Acabo de hablar con su vecino...

-Ah, con don Pablo, ¿qué le ha dicho ese viejo chismoso?

-Que ustedes dos, más el farolero, son las únicas personas que quedan en el pueblo...

La vieja no me invitó a pasar. Frunció las cejas, cruzó los brazos, y se plantó en la puerta. Parecía que no estaba de buen humor.

-Mire, él no se va porque se ha quedado viudo y, como no tuvo hijos, no tiene adónde ir. Yo sí tengo mis hermanas en Lima. Pero no me voy con ellas porque mi novio se fugó para la capital con una muchacha; y si me voy para allá, a lo mejor él piensa que lo estoy siguiendo. Mejor me quedo acá.

Me dio un poco de risa.

-¿Y el farolero? –Le pregunté.

-Ah, ese hombre. Él no se va porque en ninguna otra parte lo pueden aguantar. Es una persona muy extraña, ¿sabe? Vivía con su hijo, un joven sano, guapo, aficionado a la pesca. Un día, el chico salió a pescar en un bote, y ya no regresó. Desde entonces el padre se volvió amargo, arisco, intratable. Nos insulta, nos tira piedras cada vez que nos ve. Le aconsejo que no lo vaya a ver.

Estaba más que intrigado, se me hizo imposible no ir a ver al farolero. Me despedí de la anciana, y dirigí mis pasos hacia la playa, hacia la torre grisácea del faro. Poco antes de llegar, descubrí una pequeña cabaña de madera. Me acerqué a ella y llamé, ¡oiga!, ¡hay alguien ahí! A los pocos minutos se abrió la puerta y salió un hombre corpulento, barbudo, vestido con camisa de franela y pantalón de drill. Tenía el semblante sereno, relajado, y parecía amable.

-¿A quién busca? –Me preguntó con una sonrisa.

Tuve unos minutos de desconcierto. Esperaba encontrar a otra clase de persona.

-¿Don Juan? –Balbucí-, ¿es usted el farolero?

-Sí –me contestó, sin dejar de sonreír-, ¿para qué soy bueno?

No supe qué contestarle. Me quedé de una pieza. Pero él, al notar mi turbación, me tomó de un brazo y me guió hasta una pequeña terraza que había a un costado de su vivienda. Tenía dos perezosas de junco allí; él se tumbó en una y me invitó a sentarme

en la otra. Desde ese lugar se podía ver, cómodamente, el mar, el faro y la hermosa isla negra en forma de herradura que protege la bahía.

-Y bien, caballero –prosiguió el guardián del faro- ¿a qué debo su visita?

-No sé... -respondí-, acabo de hablar con sus vecinos, y ellos...

-¿Vecinos? –Se sorprendió el farolero-, ¿cuáles vecinos?, si toda la gente de Malacobija se marchó después del boom del oro...

No lo podía creer. Pensé que el hombre me estaba tomando el pelo. Quise decirle que yo hablaba en serio, que no me gustaban las bromas pesadas, que quizá por eso sus vecinos le tenían ojeriza, mas, de pronto, observé un pequeño bote que se acercaba a la orilla. El pescador saltó al agua, empujó la nave hasta la arena y, luego, se vino caminando con dirección a la cabaña. Traía una sarta de pescados en una mano.

-¿Quién es? –Pregunté.

-Es mi hijo –me contestó el farolero-. Salió temprano a pescar, y ahora se viene con unas chitas para el almuerzo. ¿Qué le parece si nos acompaña a almorzar?

Eso fue demasiado. Me levanté de la perezosa y salí corriendo. No paré de correr hasta que llegué a mi auto. Prendí el motor y salí disparado de ese pueblo.

Al día siguiente, conté lo que me había pasado a los redactores del periódico, pero ninguno de ellos me tomó importancia, creyeron que yo les estaba inventando un cuento, y no escribieron ni una línea al respecto...

En medio de la pampa de Las Zorras había un restaurant. Bajé la velocidad, me salí de la carretera y estacioné mi trayler delante del frontis. Ya era de madrugada, hacía frío, y a mí se me ocurrió invitar a mi pasajero a tomar un café, vamos a calentarnos un poco los huesos, le dije. Bajamos. En el local nada más estaba una camarera; al parecer, nosotros éramos los primeros clientes. Yo me senté en una mesa, y él se fue a los baños. Pedí dos cafés; tomé el mío, y esperé un buen rato. Él demoraba en regresar. Se me

hacía tarde, yo ya tenía que partir. Fui a buscarlo a los baños, y no lo encontré. De regreso, le pregunté a la camarera:

-¿No ha visto a mi amigo? Vine con él y no lo encuentro por ningún lado. Todo esto es muy extraño...

-¿Cuál amigo? –Se sorprendió ella-, si usted ha llegado solo...